

Reflexiones

Por Partiquino



AL 16 1949



Luz verde en la aduana

■ **HAY GENTE** a la que es difícil dejar satisfecha, personas cuyo principal talento consiste en encontrarle la quinta pata al gato y su actividad favorita es la de permanentes abogados del diablo. Yo tengo un amigo así. Se llama Sebastián.

Días atrás terminé exasperado con Sebastián y su manía de encontrar todo equivocado. Fue cuando estábamos en Pudahuel esperando la llegada de un amigo común. Se me ocurrió comentar que, ahora, gracias a las nuevas disposiciones aduaneras, no tendríamos que esperar media hora la salida de nuestro amigo del correspondiente recinto, para que Sebastián mostrara, una vez más, su espíritu crítico y negativo.

—¿Y a ti eso de que no revisen el equipaje te parece bien?, me dijo en un tonito burlón.

Yo le aseguré que la medida me parecía positivísima y que, gracias a ella, mostraríamos una imagen moderna y expedita a los turistas que llegarán por primera vez a Chile y, aun, a los nacionales que regresaran.

—En mi opinión —me interrumpió abruptamente Sebastián— con eso sólo han conseguido arruinar la parte más entretenida de los viajes, la más emocionante, aquella que ponía un digno broche de oro a un viaje al extranjero.

Y como yo pusiera cara de asombro, Sebastián continuó:

“Mira, nadie que vaya al extranjero no se tienta por comprar alguna novedad. La única duda que le asalta es si podrá entrarla al país sin pagar derechos. Entonces, uno se tiraba el carril. La ponía en la maleta, previamente dispuesta con un arte y una ciencia que forma parte de la tradición de toda familia chilena que se respeta y esperaba el momento de la revisión aduanera. Era como apostar a la ruleta, a jugar un juego de escondite apasionante. Nada comparable con esa sensación de triunfo que se experimentaba, cuando el aduanero cerraba tu maleta y dejaba pasar el salchichón argentino comorado en

Harrod's o la radio a transistor o los dos docenas de nuevos vestidos de mujer que tú sabiamente habías dispuesto en la valija. Otras veces, te tocaba la de perder, pero un buen jugador no se arredraba con esos percances, sino que estudiaba en qué había fallado, para mejorar la marca en otra ocasión”.

“El contrabando en pequeña escala —siguió doctoralmente Sebastián— era un deporte nacional que, con muchos más méritos que otros, debiera haber estado inscrito en la DIGEDER o en el COCH. El requería un entrenamiento afinado, una destreza nada de fácil de conseguir. Ahora, gracias a esa desafortunada medida, ese deporte nacional, dende los chilenos habíamos obtenido los más resonantes triunfos —y no morales— ha desaparecido de una plumada. ¡No hay salud!”.

—Bueno —me atrevi a insinuarle yo— ahora podrás pasar lo que quieras. Basta con que te pongas en el mesón con la luz verde...

¡Eso no tiene gracia alguna! —me interrumpió Sebastián—. Eso sí es hacer trampa, eso sí es cometer un delito. Antes, era el aduanero el que te dejaba pasar las cosas gracias a tu habilidad. Era completamente legal. ¡Miren que dejarlo a la conciencia de uno! Eso es jugar sucio, es hacerlo responsable, a enfrentarlo con su conciencia... Con esa medida te traspasan el problema a tí, cuando antes era del aduanero. Yo soy un contribuyente, pago impuestos para que los empleados fiscales hagan su trabajo y no yo el de ellos...

Con tanta cháchara, no nos dimos cuenta de que ya había llegado el avión donde venía el amigo que esperábamos, así es que corrimos a la puerta de la aduana con tan mala suerte que nuestro amigo ya había tomado un taxi y se había ido.

—¡No te digo! —masculó Sebastián—. ¡Puros problemas!

Decididamente, no hay caso. Hay personas a las que es muy difícil dejar contentas.